

Prólogo

La poesía adquiere su condición natural cuando nace de la verdad. Si la cámara de cine desnuda el alma del actor, la palabra del poeta no puede ser menos que eso. La historia de la literatura nos ha regalado poetas que han muerto por creer firmemente en la semántica de sus palabras y de su poesía, poetas que han estado dispuestos a renunciar a todo menos a su poesía y a la verdad.

Esa poesía auténtica y verdadera es la que se convierte en necesidad vital para el poeta y para el lector. Quien busque la perfección de las formas, he de advertir desde el principio, se ha equivocado de poemario. Porque *Piedras Azules*, sin renunciar a la forma, afronta directamente el fondo, el tema, el sentimiento y el inconformismo con una realidad que nos acecha y que es preciso reducir a palabras antes de que desate su tempestad nociva y material contra la humanidad.

«¡Oh, deshumanizada humanidad!, paraíso de flores y de espinas», grita el título de uno de los poemas más reflexivos, luego de haber advertido el propio autor su «visión sencilla del arte» como la «expresión de un fondo claro donde vuela, lucha y crece: experiencia, amor, odio, sentimientos de la especie...».

Piedras Azules, si admitiese algún género de clasificación, diríamos que es apto para todos los públicos, pero con la advertencia de que, haciendo honor a

su título, contiene la «rocosidad» y dureza de la experiencia vital que desnuda. Y tal vez por todo ello sea que este libro está lleno de «piedras azules»; es duro como la experiencia que arroja a cada uno de los poemas que lo componen, fruto de la vida que hierve y sufre por cambiar nuestro mundo, por amar y hacer del amor la meta de nuestros pasos, procurando que la justicia y la verdad resplandezcan a nuestro alrededor. Y pretende, con el arte, con la poesía, con versos claros y bellos, cual luz que alumbra la oscuridad, conseguir ayudar al hombre en su camino hacia su evolución, una evolución que tiene un sentido finalista: crecer en nuestra meta espiritual de perfección.

Crear poesía no puede consistir en juntar palabras, sino en cruzar un jardín seleccionando aquellas flores que mejor representen los sentimientos, aromas y sugerencias que se pretenden expresar y transmitir. Eso es lo que se infiere cuando se degustan los poemas de *Piedras Azules*, en las pinceladas que ha trazado el autor, a modo de impresionismo pictórico, palpitan las esencias de unas reflexiones agudas y certeras sobre la realidad que rodea y observa el poeta. Es la misma realidad que han vivido sus coetáneos, pero observada desde la perspectiva abstracta del poeta.

Piedras Azules tal vez adolezca de la bisonñez del poeta joven, pero en este caso esa circunstancia no hace sino reforzar la idea de que sus poemas rebosan verdad, vida, luz, naturaleza, ternura, silencio, crítica, reflexión, soledad, melancolía y esperanza.

Cantar a la vida, por ejemplo, no impide comenzar por traer de cerca las sensaciones de la muerte y así comenzar el poemario con «Memento» y «Testamen-

to». Dos poemas cortos, contundentes y categóricos. La vida y lo bueno que ella trae tiene más valor por la muerte y por lo malo, lo que implica valorar las cosas esenciales antes de perderlas, antes de que crucen el umbral de la eterna ausencia: «Cuando mi cuerpo se enfríe / al borde la sepultura / y yo tus besos recuerde: / la noche será de día / y no sentiré la muerte, / porque sabré que he vivido / amando la eternidad / que me trajo y me bendijo». Ciertamente, la alarma está activada, aún estamos a tiempo de revertir la tendencia autodestructiva del ser humano, su misteriosa evolución contradictoria, capaz de alcanzar niveles imprevisibles de bienestar para unas personas, pero a costa de esclavizar a otras, de evolucionar tecnológicamente hacia metas inimaginables y, sin embargo, arrastrar o repetir incesantemente todos los errores, atrocidades e injusticias impropias de la condición humana, como si estuviéramos aún en la época de las cavernas.

Frente a las normas y soluciones de las que se ha ido dotando el ser humano para ordenar, supuestamente, su convivencia y los conflictos de intereses a los que daba lugar, resulta que el escenario de la vida sigue ahí a pesar de la propia acción del hombre, que se esfuerza por destruirlo: tal vez el hombre sea el único animal interesado en destruir su propio hábitat. Cuando el autor dedica el final del libro al «Paisaje», nos trae a la vista los elementos naturales que no han pasado necesariamente por la mano del hombre. La naturaleza nos enseña cada día la verdad de las cosas y, por contraposición, pone en evidencia la desnaturalización de valores, materias e intereses que el ser humano ha ido introduciendo contra natura para impo-

ner su voluntad sobre otros seres humanos y sobre la propia naturaleza. Y es precisamente esta circunstancia la que pone de manifiesto *per se* la escasa inteligencia del hombre o, al menos, su mal uso.

El mundo que hemos construido es responsabilidad de todos y, por tanto, todos nos hemos de sentir concernidos en la solución de sus problemas inherentes. No se trata de buscar un mundo perfecto o ideal, pues nunca lo sería a gusto de todos, sino de alcanzar unas bases más justas y acordes con la propia condición humana. Un mundo en el que los valores esenciales no se confundan con lo superfluo, donde el valor de la justicia material, la buena, la que implica equidad, no se disfrace de justicia formal arbitrada por normas elaboradas por los más poderosos para siempre dominar al resto de los seres humanos. Probablemente la denuncia de una realidad siempre lleva consigo la esperanza de un cambio. Cuando dicha esperanza es compleja o casi imposible, si se consideran los obstáculos que ha de salvar, entonces, se suele hablar de ingenuidad, de utopía, etc. Pero el solo hecho de identificar los problemas ya supone un avance para buscar luego su resolución.

Piedras Azules, en efecto, es un libro de juventud en el que su autor plasma una búsqueda constante de la luz entre la convulsión y evolución sociopolítica de los años setenta. Y esa luz parece encontrarla, como tantos otros a lo largo de la historia, en la sencillez de la calle, del barrio obrero, en el parque, en el pueblo, en el campo. Solo unos ojos jóvenes e intensos pueden perseguir primero las palabras para luego convocar a la mesa al sol, a la luna y las estrellas, y compartir con

ellos una noche mágica, idealista, esperanzadora. Solo quien cree en el valor de la palabra puede escribir con el alma y hacer brotar de las piedras, por duras y compactas que estas sean, el azul del cielo.

Azul y piedras, cielo y realidad, esperanza y dureza de un mundo terrenal que todo hombre de buena voluntad pretende transformar para convertirlo en algo mejor, en un hábitat propio de vida en armonía, de justicia social, material y formal, un mundo como el de Krishnamurti regido por el amor, por toda clase de amor. Porque quien siembra amor recibe amor, quien se rige por el patrón absoluto del amor al prójimo, a la naturaleza, a todo cuanto en esencia fundamenta nuestra existencia, será capaz de ver destellos azules tintando hasta las rocas y convertir un erial en el mismísimo cielo.

Piedras Azules es el cuarto libro de poesía que publica Victorio Zamora, si bien fue el primero que escribió. Como el buen vino, lo ha dejado reposar. Y en lugar de arrepentirse de los poemas de juventud, ha acudido a ellos para reencontrarse de nuevo con la poesía directa, sencilla, sin ambages, pero rica en figuras, matices, observaciones y verdades.

Sucede algo parecido con la evolución de todo ser humano con el aprendizaje, la educación y las convicciones. Hasta la pubertad creemos, sin albergar ninguna duda, en todo cuanto nos inculcan nuestros padres, maestros y familiares. Pero al llegar a la etapa de ruptura, más o menos entre los quince y los veinte, a algunos, según los casos, nos causa más efecto la opinión o emulación de conductas de nuestro entorno de amigos y las influencias externas de cada época que la doc-

trina que aprendimos en la infancia. Casi por efecto, rechazamos lo aprendido para dar paso a lo que consideramos más acorde a la realidad, más auténtico incluso. Es la etapa de la reafirmación de la personalidad y a la vez la de mayor crisis de personalidad, es decir, la más vulnerable, aunque en el fondo pensamos lo contrario y nos creemos más fuertes que nunca.

Sin embargo y de repente en unos casos, más paulatino en otros, el tiempo y la realidad van macerando esa personalidad, esa visión simplista de las cosas, para retornarnos afortunadamente a los principios, valores y consejos recibidos con amor y experiencia de nuestros padres, familiares, maestros, etc. Quien no hace ese viaje de ida y vuelta queda inerte en la vida y en el tiempo.

Piedras Azules es por ello un libro de juventud madura, escrito con barba y no tanto con babas o acné, representa el retorno del poeta a las verdades primarias, a la auténtica realidad de las cosas que, no obstante, pretende, ahora sí con fundamento, transformar para mejorarlas. Su experiencia vital al emigrar con la familia desde su pueblo natal de Cuenca a un barrio obrero de la capital, Madrid, le pone ante sí un realismo nada mágico tan duro como una piedra de granito, que tan solo puede transformar desde la inteligencia, la observación y el activismo cincelado con maza y puntero, a través de la palabra.

El autor pudo haber optado por abstraerse de ese mundo, pero decidió acercarse y buscar en él toda la luz, la belleza, los destellos de humanidad que lo conforman, convencido de poder ayudar con su poesía al hombre que busca un camino al final de un túnel

para seguir evolucionando y creciendo en conciencia y espiritualidad.

Todo eso se siente y se percibe cuando se leen y se reflexionan, sin prisa alguna, cada uno de los poemas de *Piedras Azules*. Como también se advierten influencias diversas, tanto literarias como filosóficas, desde Krishnamurti –ya referido–, hasta León Uris, Jorge Luis Borges, Garcilaso de la Vega, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Lorca y tantos otros de la Generación del 27. El amor, el existencialismo y la preocupación sincera del entorno social, político y cultural de una época de transición, evolución y búsqueda en todos los sentidos.

El universo que alberga *Piedras Azules*, por suerte o por desgracia, sigue siendo muy similar al actual: manifestaciones de protesta social, mendigos, atardeceres, injusticias, desigualdades, luchas de clases, amor, envidia, luces y sombras, impotencia y esperanza. El poemario que tiene en sus manos es, en este sentido, una suerte de pinceladas y destellos de una gran aventura que podría titular *La vida sigue igual*, mas no por ello nos debemos resignar a obviarla e incluso a transformarla en un ámbito mejor y más acorde a la condición humana.

En el teatro de la vida, «nadie se atreve de decir: “¡Señores!, ¡ya estoy harto!”», dice el autor en «A las puertas del teatro». Y, en efecto, unos se sienten llenos, pletóricos, complacientes y en los más profundos vacíos, por más que sus decisiones, voluntades y aspiraciones pesen más que las del resto de los seres humanos. Sin embargo, en *Piedras Azules*, como en la vida, abunda la gente y los gestos sencillos, profundos,

sentidos y sinceros cuyo premio es la añorada felicidad que condensa «La Polola» en nombre y representación de una gran masa silenciosa que jalona sus vidas y estados de ánimos con los elementos eternos que nos rodean y que aquellos otros se esfuerzan por obviar: el sol, las mariposas, los aromas y estampas del campo, las miradas limpias alejadas de las mezquindades que adornan a amplios sectores sociales, políticos y económicos por acceder al poder, al dinero sin esfuerzo y a otras pretensiones sin escrúpulos.

En medio del universo que se refleja en *Piedras Azules* brotan sentimientos de amor, nostalgia de los finales tristes, de «la última luna que verán sus ojos» y del «último rato de amistad» del que puede gozar una persona antes de enfrentarse a la muerte y percatarse que ha vivido para nada por haber sucumbido a los «egoísmos de la materia». Ni enfrentado el hombre a ese último instante en el que la verdad ha de aflorar por encima de cualquier condicionante, pues de nada le sirve la mentira, es capaz de pedir perdón por pertenecer a una especie tan cínica como su propio egoísmo. Por ello, tal vez, el poeta se ve obligado a pedir dicho perdón en nombre de su especie, se supone que humana.

Piedras Azules alberga en sus diferentes partes y fases poemas de amor, ya se trate de amor directo, indirecto, referencial o indeterminado. Con clara influencia *krishnamurtiana*, si es que se puede calificar así, el amor se sitúa en la base de todas las cosas y de todas las conductas humanas. Tal vez sea el único elemento necesario y auténtico que le quede al ser humano que describe el autor, por más que a la actual humanidad la muevan otros impulsos e intereses. Sin amor,

en efecto, puede haber mundo y naturaleza, vida en definitiva, pero difícilmente puede haber humanidad, justicia y esperanza de una vida con verdadero fundamento. Si el añorado equilibrio entre lo material y lo espiritual no se alcanza, la vida misma se convierte en una anécdota temporal y sin sentido.

Finalmente, desde un punto de vista formal, *Piedras Azules* se estructura en cuatro partes o piedras angulares, a saber: la del corazón, la del camino, la de la vida y la del paisaje. Obsérvese que no hay punto final porque esas cuatro piedras han sido y seguirán siendo para siempre los pilares de la humanidad. El camino continúa y entre los seres humanos de diferentes generaciones no hacemos sino darnos el relevo, pero el camino continúa, la vida sigue basándose en el amor y solo con amor se evoluciona, se avanza, se camina a la felicidad, a la generación de más vidas, y es ahí donde la poesía se convierte en guía, en reflexión, en afecto, en valor y esperanza.

Abel MARTÍN VILLAREJO
Director General de AISGE